



GEORGE R. R.
MARTIN

EDITOR



WILD CARDS
JUEGO SUCIO



Mientras que Tachyon y la Gran y Poderosa Tortuga sufren crisis personales, los héroes y los villanos que sobrevivieron a la batalla contra el Astrónomo enfrentan grandes desafíos: el arquero Yeomán se involucra en la guerra de pandillas entre los mafiosos de Nueva York. El Durmiente, ligado en negocios turbios con el crimen, sufre una transformación letal, que pone en jaque a ases y jokers. El cruel Titiritero y el reverendo Leo Barnett ganan terreno en su campaña por la presidencia de los Estados Unidos. Y aprovechando el caos, el siniestro vampiro Ti Malice se muda a Nueva York, donde nadie, ni siquiera los héroes, está a salvo de su crueldad.

A Laura Mixon.
Todos te extrañamos.

Nota del editor

Wild Cards es una obra de ficción ubicada en un mundo completamente imaginario, cuya historia avanza de manera paralela a la nuestra. Los nombres, personajes, lugares e incidentes abordados en *Wild Cards* son ficticios o fueron usados dentro de una ficción. Cualquier parecido a los hechos actuales, lugares o personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia. Por ejemplo, los ensayos, artículos y otros escritos contenidos en esta antología son completamente ficticios, y no existe la intención de implicar a escritores actuales, o afirmar que alguna de esas personas alguna vez escribió, publicó o participó en los ensayos, artículos u otros textos ficticios contenidos en esta antología.

Nota al lector

En la vida real siempre se dan miles de historias al mismo tiempo. Hemos tratado de que el mundo de los Wild Cards se parezca a la realidad hasta donde sea posible.

El anterior volumen de la serie de Wild Cards, llamado *El viaje de los ases*, narraba lo sucedido en la gira global de la Organización Mundial de la Salud, que partió de Nueva York el 1 de diciembre de 1986 y regresó el 29 de abril de 1987.

La primera parte del presente volumen contiene la narración de lo sucedido en Manhattan a partir del comienzo de octubre hasta el final de abril, o sea, desde antes del inicio de la gira y durante sus trabajosos recorridos por diversas regiones del mundo.

Los relatos que cierran el mosaico cuentan hechos acaecidos en mayo y junio, tras el regreso de los viajeros.

EL EDITOR

Agradecimientos

El editor desea extender su gratitud y aprecio a Melinda M. Snodgrass, su mano derecha incansable, generosa y plena de energía, que ha aportada largas y difíciles horas como abogada de marca, madre confesora, negociadora, coordinadora de cenas, ayudante del editor, cuidadora de niños, diplomática y la voz de la razón en medio de la lluvia de flechas y otros proyectiles. Sin su cordura, diligencia e imaginación el mundo de Wild Card sería mucho menos interesante, si acaso logra existir...

OCTUBRE DE 1986

ABRIL DE 1987

Solo los muertos conocen Jokertown



por John J. Miller

I

BRENNAN SE MOVÍA EN LAS SOMBRAS DE LA NOCHE OTOÑAL como si formara parte de ellas, o como si ellas fuesen parte de él.

El otoño ponía un acento frío en el aire que vagamente traía a Brennan recuerdos de las Catskills. Echaba de menos esas montañas más que a ninguna otra cosa, pero mientras Kien siguiese libre, eran tan inalcanzables como los fantasmas de sus amantes y amigos muertos que en las últimas noches perturbaban sus sueños. Amaba las montañas, igual que amaba a todas las personas a quienes había fallado a lo largo de los años, pero ¿cómo amar la sucia extensión de la ciudad? ¿Quién podía siquiera conocer la ciudad, conocer Jokertown? Él, desde luego, no. Sin embargo, la presencia de Kien lo ataba a Jokertown con cadenas de acero adamantino.

Cruzó la calle y se internó por media cuadra de escombros urbanos alrededor del Palacio de Cristal. Con un sexto sentido de cazador percibía que las miradas lo seguían al pasar entre todos los desechos. Colocó la bolsa de lona en

que llevaba su arco desarmado en posición más cómoda, mientras se preguntaba —y no por primera vez— quiénes serían esas criaturas capaces de hacer su hogar entre montones de basura. Una o dos veces oyó susurros que no eran del viento, y pudo ver destellos de movimientos que no eran sombras de la luz de la luna, pero nadie interfirió mientras trepaba por la escalera de emergencia oxidada que colgaba de la pared trasera del palacio. Subió al techo sin hacer ruido, burló al sistema de seguridad, que le hubiera dado dificultades si no fuera porque Chrysalis le había indicado cómo manipularlo, y abrió la trampa que daba acceso al tercer piso del palacio, el dominio privado de Chrysalis. El corredor estaba totalmente a oscuras, pero gracias a su memoria pudo sortear las delicadas estanterías llenas de accesorios antiguos para ingresar a la recámara. Chrysalis estaba despierta. Sentada sobre su sofá afelpado color vino, desnuda del todo, jugaba solitario con un mazo de cartas antiguas.

Brennan la contempló un momento. Su esqueleto, su musculatura fantasmal, sus órganos internos y la red de vasos sanguíneos dibujaban una filigrana por todo su cuerpo, iluminada con delicadeza por una lámpara Tiffany's que colgaba sobre el sofá en donde tendía sus cartas. Miró el esqueleto articulado de la mano repasar las cartas y sacar el as de espadas.

Ella alzó la cara, sonriendo, y lo miró.

La sonrisa de Chrysalis, como su misma persona, era un enigma. Difícil de interpretar, porque de su cara se veían solamente los labios y algunos indicios de músculos espectrales sobre los pómulos y las mandíbulas; su sonrisa podía significar cualquiera de las mil cosas que puede comunicar una sonrisa. Brennan decidió interpretarla como bienvenida.

—Ha pasado mucho tiempo —le lanzó una mirada crítica—. Suficiente para que te hayas dejado crecer la barba.

Brennan cerró la puerta y apoyó en la pared el estuche de su arco.

—He tenido que atender asuntos -respondió, con voz de sonido suave y profundo.

—Sí —añadió ella—. Algunos de tus asuntos interfieren con los míos.

Era indudable a qué se refería. Varias semanas antes, en el Día Wild Card, Brennan había disuelto una reunión en el Palacio, en que Chrysalis negociaba la venta de un conjunto de libros muy valiosos en el cual se incluía el diario personal de Kien. Brennan, con la esperanza de hallar suficiente evidencia para clavar el despreciable pellejo de Kien a la pared, obtuvo ese volumen, que a fin de cuentas le resultó inútil. Todo lo escrito ahí había sido destruido.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Yo necesitaba ese diario.

—Sí —volvió a decir Chrysalis, mientras los músculos espectrales se plegaban, lo que indicaba que fruncía el ceño—. ¿Ya lo has leído?

Brennan titubeó un instante antes de responder.

—Sí.

—¿Y no tendrás reparos en compartir la información que contiene?

Eso era más una exigencia que una solicitud. De nada serviría, pensó Brennan, decirle la verdad. Pensaría que él quería quedarse con todo.

—Es posible.

—En tal caso, supongo que podré perdonarte —declaró ella, aunque el tono de voz no era de quien otorga perdones.

Reunió despacio sus cartas, con los cuidados debidos a objetos antiguos y valiosos, y las puso sobre una mesita de patas de araña junto al sofá. Enseguida se recostó, lánguida, y mostró dos pezones que oscilaban sobre pechos invisibles, cuya firmeza y calor Brennan conocía muy bien.

—Te he traído algo —anunció Brennan en tono conciliador—. No es información, pero te ha de gustar casi lo mismo.

Se sentó al borde del sofá, y sacó del bolsillo de la chamarra de mezclilla un sobre pequeño y translúcido. Al tomarlo de sus manos, un muslo invisible y cálido tocó el de Brennan y se apoyó en él.

—Es una Penny Black —dijo él, mientras ella alzaba el sobre para verlo a la luz—. La primera estampilla de correos de la historia. En estado impecable. Rara y valiosa, sobre todo por estar tan bien conservada. El retrato es la reina Victoria.

—Qué bonita —mostró su enigmática sonrisa—. No te preguntaré dónde la conseguiste.

Por respuesta, Brennan se limitó a sonreír. Sabía de sobra que ella sabía perfectamente de dónde la había sacado. Se la había pedido a Espectro cuando inspeccionaban los álbumes llenos de estampillas raras que había robado de la caja fuerte de Kien, la misma de la cual ella había extraído el diario en las primeras horas del Día Wild Card. A Espectro la había conmovido que Brennan no consiguiera lo que buscaba en ese diario sin ningún valor, y le había obsequiado gustosamente la estampilla cuando se la pidió.

—Bueno, espero que te guste —Brennan se puso de pie y se despezó, mientras Chrysalis ponía el sobrecito al lado del mazo de cartas.

Fue a la mesa de noche junto a la cama de postes y cortinas de Chrysalis, y tomó de ahí la garrafa de whisky irlandés que ella tenía para él. La alzó, la miró, frunció el ceño y la volvió a dejar sobre la mesa. Volvió a sentarse en el sofá con ella.

Con un movimiento flexible ella se inclinó hasta cubrir el cuerpo de Brennan con el suyo. Él aspiró el aroma almizclado y sexual de su perfume, miró su sangre correr por la arteria carótida del cuello.

—¿Cambiaste de opinión sobre tomar un trago? —le preguntó ella, con suavidad.

—La garrafa está vacía.

Chrysalis se alejó un poquito para mirar sus ojos, en los que se agitaba una pregunta.

—Tú no bebes más que amaretto —enunció Brennan, y ella asintió.

—Cuando por primera vez vine a ti —suspiró—, solo buscaba información. No quería que se diese algo personal entre nosotros. Fuiste tú quien empezó esto. Para poder continuar y que tenga sentido, es preciso que sea yo el único que se acuesta en tu cama. Yo soy así. Es la única forma en que puedo entregarme a alguien.

Chrysalis se le quedó mirando varios segundos antes de responderle.

—A ti qué te importa con quién me acuesto —repuso al fin, con un acento británico que Brennan, con su oído fino para los idiomas, supo que era fingido.

—Será mejor, entonces, que me vaya —asintió Brennan. Se puso de pie y se dio la vuelta.

—Espera —le conminó ella, poniéndose de pie también.

Se miraron uno al otro durante un largo momento. Cuando al fin habló ella, su voz tenía tono conciliador.

—Por lo menos, bébete tu whisky. Iré abajo a llenar la botella. Te lo tomas, y luego... luego podemos hablar.

Brennan estaba cansado, y no había ningún otro sitio en Jokertown donde quisiera estar.

—Está bien —aceptó, con voz suave.

Chrysalis se echó encima un kimono de seda estampado con figuras de humo que asumían formas de caballos al galope, y salió de la habitación, con una sonrisa que resultaba más tímida que enigmática.

Brennan se echó a andar dentro del cuarto, miró su propia imagen reflejada en los innumerables espejos antiguos que decoraban las paredes de la recámara de Chrysalis. Se-

ría mejor irse de ahí, pensaba, y dejar que las cosas quedaran así, pero Chrysalis le resultaba fascinante tanto en la cama como fuera de ella. A pesar de sus buenas intenciones. Brennan sabía que necesitaba de su compañía y, admitió ante sí mismo, su amor.

Habían pasado más de diez años desde que se había permitido amar a una mujer. Sin embargo, desde su llegada a Jokertown descubrió que se permitía menos emociones de las que en realidad experimentaba. No podía vivir sintiendo solamente odio. No sabía si le era posible amar a Chrysalis como había querido a la esposa francovietnamita, perdida a manos de los asesinos que trabajaban para Kien. Su voluntad era no amar a ninguna mujer mientras siguiera las huellas de Kien, pero a pesar de una gran firmeza de propósitos, y a pesar de su adiestramiento Zen, lo que su voluntad mandaba y lo que le sucedía a menudo eran cosas del todo diferentes.

Se quedó de pie en el silencio del aposento de Chrysalis, haciendo un esfuerzo bien estudiado por no pensar en el pasado. Pasaron varios minutos antes de que, de pronto, se diera cuenta de que Chrysalis tardaba más de la cuenta en volver.

Arrugó el entrecejo. Resultaba casi inconcebible que le sucediera algo a Chrysalis en el Palacio de Cristal, pero los hábitos de precaución que le habían salvado la vida a Brennan más veces de las que quería recordar le sugirieron ensamblar el arco antes de ir en su busca. Si se tropezaba con ella en la oscuridad se sentiría tonto, pero ya se había sentido tonto en otras ocasiones. Eso era mejor que sentirse muerto, otra sensación que conocía con mayor intimidad de lo que consideraba deseable.

Chrysalis no estaba en los corredores del tercer piso, ni tampoco en las escaleras que bajaban al salón de cerveza, pero al bajar calladamente logró distinguir un murmullo de voces.

Tomó una flecha, la puso en la cuerda del arco y se asomó por el borde del cubo de la escalera, desde donde podía verse la parte trasera del salón de cerveza. Hizo rechinar los dientes. ¡Su cautela estaba justificada!

Chrysalis estaba de pie frente a la larga barra de madera pulida que iba casi de un lado a otro del salón. A su lado, sobre la barra, la garrafa de whisky aún vacía se había quedado olvidada. Connotando enfado, ella tenía los brazos cruzados y apretaba las mandíbulas, para formar con los labios comprimidos una línea delgada.

Dos hombres la estaban sujetando, mientras un tercero se sentaba junto a una mesa, encarándola, frente a la barra. En la penumbra de la luz de noche encendida sobre la barra, Brennan apenas pudo discernir los detalles de la escena, pero vio que los tres hombres tenían caras de expresión dura. El que la miraba desde la silla hacía tamborilear los dedos sobre la superficie de la mesa, al lado de una pistola de cachas cromadas.

—¡Venga! —exclamó el sujeto, en una voz suave pero amenazante—. No queremos más que un poco de información. Nada más. Ni siquiera diremos quién nos la suministró. Habrá guerra pronto, pero no sabemos a quién golpear.

Se reclinó en la silla, en espera.

—¿Y creen que acaso yo lo sé?

Brennan reconoció el tono de rabia en la voz de Chrysalis, pero también que tras la rabia había miedo.

—Pero nosotros *sabemos* que tú sí sabes, linda. Tú sabes todo lo que pasa en este hoyo de mierda que es Jokertown. Lo único que tenemos por cierto es que hay alguien atrás de estas pandillas miserables que se nombran el Puño de Sombra. Invaden nuestro territorio, nos quitan clientes y nos cortan ganancias. Tienen que parar.

—Si supiera de quién se trata —advirtió Chrysalis, con énfasis en la palabra “si”—, el dato les costaría más de lo que pueden pagar.

El hombre sentado a la mesa meneó la cabeza.

—No me estás entendiendo, linda. Si mantienes cerrada la boca, te va a costar más de lo que tú puedes pagar —amenazó, y marcó una pausa volviendo a golpear la mesa con los dedos, después de lo cual desvió su mirada hacia al hombre parado a la derecha de Chrysalis—. Sal, ¿tú crees que se formarán cicatrices en su famosa piel invisible?

Sal ponderó la pregunta.

—Podemos averiguarlo —dijo.

Se oyó un chasquido, y Brennan distinguió el destello de la hoja de un cuchillo. Sal lo puso frente al rostro de Chrysalis y lo movió de un lado a otro. Ella trató de retroceder hacia la barra. Abrió la boca para dar un grito, pero el hombre que estaba a la izquierda le puso una mano enguantada sobre la boca. Sal soltó una carcajada al mismo tiempo que Brennan dejó ir la flecha que tenía en el arco tensado. Dio en la espalda de Sal y el impacto lo lanzó sobre la barra, como impulsado por una catapulta. Con la posible excepción de Chrysalis, nadie comprendió lo que acababa de pasar. El hombre sentado a la mesa agarró la pistola y se puso de pie de un salto. Con la mayor tranquilidad, Brennan le metió la flecha siguiente a través de la garganta. El matón que tenía agarrada a Chrysalis soltó un chorro verbal de obscenidades y quiso sacar una pistola de debajo de la chaqueta, en una funda colgada del hombro. Brennan le lanzó una flecha que se le clavó en el brazo derecho. Soltó la pistola y giró para alejarse de Chrysalis, al tiempo que miraba la flecha cazadora de aluminio hundida en la carne de su brazo.

—¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús! —farfullaba el matón, mientras trataba de inclinarse para recoger la pistola.

—Si la tocas te meto la siguiente flecha en el ojo derecho —advirtió Brennan desde la oscuridad.

El matón tuvo la sensatez de erguirse. Retrocedió hacia la barra, sin dejar de gemir mientras sostenía el brazo que sangraba.